

Metáfora e interpretación en Donald Davidson

Pablo Quintanilla

Pontificia Universidad Católica del Perú

La concepción davidsoniana de la metáfora representa un quiebre radical respecto de la visión aristotélica tradicional, que ha sido la más influyente hasta nuestros días. Mientras para Aristóteles lo metafórico es un fenómeno semántico, para Davidson lo metafórico pertenece al campo de la pragmática. En este artículo el A. desea presentar la concepción davidsoniana de la metáfora para desde allí desarrollar algunas consecuencias en torno al significado y la interpretación. “La metáfora es el trabajo de sueño del lenguaje”, dice Davidson, y es esto lo que gobierna tanto la adquisición como el crecimiento del lenguaje. La metáfora puede ser entendida como el paradigma del cambio conceptual y la creación de significado.

Davidson's view on metaphor is regarded as a radical shift from the traditional Aristotelian account which has been the most influential to our days. Whereas for Aristotle metaphor is a semantic phenomenon, for Davidson metaphor belongs to the field of pragmatics. In this paper the A. wants to show the Davidsonian view and then develop some of its consequences concerning meaning and interpretation. “Metaphor is the dreamwork of language”, says Davidson, and this is what governs as much the acquisition as the growth of language. The metaphorical phenomenon can be understood as the paradigm of conceptual change and the creation of meaning.

“...pero lo más importante con mucho es dominar la metáfora. Esto es, en efecto, lo único que no se puede tomar de otro, y es indicio de talento; pues hacer buenas metáforas es percibir la semejanza.”

Aristóteles, *Poética*, 1459a3-8.*

La metáfora se encuentra en el corazón del mito tanto como del *logos*, y el crecimiento mismo del lenguaje depende de ella. El fenómeno metafórico es interesante en sí mismo como el caso paradigmático de la creatividad lingüística, pero es también interesante porque el análisis de la metáfora ilumina el problema mismo del significado. Esta es la idea que voy a desarrollar aquí tomando como pretexto y punto de partida los trabajos sobre significado e interpretación de Davidson en torno a los límites del discurso literal, es decir, en torno a la metáfora y a la posibilidad de que el discurso figurativo sea un instrumento capaz de expresar contenidos que se encuentran más allá de las posibilidades del discurso literal.

La estructura de mi exposición es la siguiente: comenzaré describiendo brevemente lo que Davidson entiende por significado e interpretación, luego mostraré cómo él aplica estas ideas al problema de la interpretación de una metáfora. Finalmente me alejaré de sus tesis explícitas e intentaré mostrar las consecuencias que se desprenden de este análisis y cómo la reflexión sobre el fenómeno de lo metafórico ilumina la naturaleza misma de la interpretación y del significado.

I

En 1984 Davidson publicó bajo el título de *Inquiries into Truth and Interpretation*¹ un grupo de artículos que venía trabajando desde fines de la década del cincuenta. Estos artículos giran en torno a cuatro temas principales: las relaciones entre significado y verdad, el problema

* Traducción de Valentín García Yebra, Madrid: Gredos, 1974.

¹ Oxford: Oxford University Press, 1984.

de la interpretación radical, las relaciones entre lenguaje y realidad, y los límites del discurso literal. A lo largo de veinticinco años Davidson ha desarrollado una teoría acerca del significado, la naturaleza de la interpretación y el problema de la comunicación; es decir, una revolucionaria filosofía del lenguaje que viene a completar sus trabajos sobre filosofía de la mente y teoría de la acción que publicara en 1980 bajo el título de *Essays on Actions and Events*².

El proyecto de Davidson vincula, y tal vez supera, dos tradiciones coexistentes en la filosofía contemporánea del lenguaje. De un lado aquella influida por Frege, Tarski, Carnap y Quine, que consiste en la aplicación de la semántica formal a los lenguajes naturales, y que utiliza como instrumento principal el análisis de las condiciones de verdad con la finalidad de proporcionar el significado de una oración. De otro lado, aquella tradición concernida con las relaciones entre hablantes e intérpretes y los actos de habla que ellos pueden realizar. Esta tradición, que dirige su atención principalmente a las nociones de comunicación e intención, fue desarrollada inicialmente por el segundo Wittgenstein, Austin y Grice.

Davidson une elementos de estas dos fuentes con la finalidad de proporcionar una teoría del significado que, yendo más allá de los objetivos tradicionales de la filosofía del lenguaje, pretende esbozar una concepción de la comprensión humana. En tanto el propósito de su empresa es suficientemente amplio como para incluir una concepción de lo mental y una teoría de la acción, es justo decir que su proyecto es, en espíritu, hermenéutico, en el sentido que se interesa por la pregunta general acerca de qué es interpretar y comprender a un ser humano y sus producciones.

En sus trabajos tempranos, Davidson abordó el problema de la interpretación radical —cómo es posible la comunicación entre individuos que carecen de todo lenguaje, tradición o contexto común— con la finalidad de iluminar qué es lo que determina el significado de las expresiones lingüísticas. Él vio su proyecto como la construcción de una teoría del significado para lenguajes naturales individuales. Pronto descubrió, sin embargo, que el problema de dar el significado de una expresión requiere de fijar simultáneamente las creencias y deseos que son inseparables de los significados en las preferencias de hablantes

² Oxford: Oxford University Press, 1980.

específicos. El proyecto ya era en sí mismo holista, pero todavía tenía una fuerte influencia logicista, que era la influencia de Carnap y Quine. En un artículo publicado en 1986, "A nice derangement of epitaphs"³, Davidson amplió el holismo y postuló una teoría de la comunicación en la que no se presupone que, para que haya comunicación entre hablantes, éstos tengan necesariamente que compartir un lenguaje, un código previo o un conjunto de convenciones. Lo que Davidson está sugiriendo es la necesidad de revisar radicalmente los conceptos tradicionales de comunicación y lenguaje, y entender la comunicación como el proceso en el que el hablante interpreta a su interlocutor proyectando su propia racionalidad en él. Las últimas oraciones del artículo en cuestión son las siguientes:

"Concluyo que no hay tal cosa como un lenguaje, no si un lenguaje es lo que muchos filósofos y lingüistas han supuesto. No hay, por tanto, tal cosa que pueda ser aprendida, dominada, o con la que se pueda haber nacido. Debemos abandonar la idea de una estructura compartida claramente definida que los usuarios del lenguaje adquieren y luego aplican a casos particulares"⁴.

En "A nice derangement of epitaphs", Davidson distingue, en el proceso de la interpretación, entre teorías previas y teorías al paso. Para la intérprete, la teoría previa es cualquier cosa que ella sabe (en otras palabras, es una amalgama de creencias acerca del lenguaje y creencias acerca del mundo) y que le permite entender las preferencias de un hablante particular. Esto hace que, en principio, ella esté mejor preparada para entender a ciertos hablantes en vez de otros. Su teoría al paso expresará la manera como ella, de hecho, interpreta las preferencias del hablante. En cierto sentido, su teoría al paso será la aplicación de su teoría previa a ciertos específicos hablantes, situaciones y preferencias. De otro lado, para el hablante la teoría previa es todo lo que él cree acerca de la teoría previa de la intérprete, es decir, la manera como el hablante se dirige a la intérprete en su esfuerzo por ser comprendido. Su teoría al paso expresará la teoría que el hablante intenta o desea que la intérprete utilice al entender sus preferencias. Es decir, la teoría al paso del hablante mostrará la clase de ajustes o cambios que el ha-

³ En: Lepore, Ernest (Ed.), *Truth and Interpretation. Perspectives on the philosophy of Donald Davidson*, Oxford: Basil Blackwell, 1986.

⁴ *Ibid.*, p. 446. Esta y todas las demás traducciones son mías. Por razones de claridad voy a referirme a la intérprete en femenino y al hablante en masculino.

blante desea que la intérprete haga en su propia teoría previa con la finalidad de poder comprender al hablante.

Un importante tema de investigación, aunque alejado de nuestro propósito inmediato, es el de mostrar las semejanzas entre este análisis davidsoniano y la manera como Gadamer concibe la comprensión de un texto. No vamos a detenernos en ello, pero sí me gustaría sugerir un par de relaciones. Mientras para Davidson el paradigma de la interpretación es la comunicación entre hablantes, para Gadamer lo es la lectura de un texto. Para éste, al leer entablamos un diálogo en el que nuestro interlocutor es el texto mismo, no su autor, y entablamos una conversación en la cual su sentido último no está dado únicamente por el supuesto sentido literal (y unilateral) del texto, sino por lo que el texto tiene que decirnos y por nuestra interpretación de ello. La comprensión vendría a ser ese resultado en que la lectura nos permite ver en el texto y en nosotros mismos aspectos que no habíamos percibido. Así como para Davidson, para Gadamer la intérprete tiene en mente un modelo de lectura (una anticipación de sentido y un conjunto de prejuicios, es decir, una teoría previa), modelo que no es arbitrario sino que está determinado por nuestra pertenencia y comunidad con una tradición. En la medida en que aplicamos el modelo al texto, éste se ve corroborado o contradicho por aquél y el modelo se va modificando, pero al modificarse altera nuestra comprensión del texto y, por sobre todo, nuestra comprensión de nosotros mismos al iluminar nuestras propias anticipaciones de sentido. Tanto para Davidson como para Gadamer no existe tal cosa como un significado del texto o de las palabras del hablante en sí mismos; el significado debe ser completado por la situación histórica del intérprete. Esta comprensión del sentido del texto o de las palabras del hablante es en realidad la tensión suscitada por nuestra cercanía y nuestra distancia respecto del sujeto de nuestra interpretación⁵.

Adquirimos una teoría previa habitando una forma de vida o estando inmersos en un horizonte. Pero el punto es que, en sentido estricto el significado no pertenece a la provincia de las teorías previas. En efecto, la noción de teoría previa es sólo una idealización de lo que da continuidad a las diferentes teorías al paso que podemos desarrollar.

⁵ Cf. Gadamer, H.-G., *Verdad y Método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1988. Cf. también el análisis de Umberto Eco sobre el proceso de la cooperación interpretativa, por ejemplo en: *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona: Editorial Lumen, 1981.

El significado emerge en la confrontación entre teorías al paso (en la fusión de horizontes, podría decir Gadamer). Así, para que la comunicación sea exitosa no se requiere que los hablantes compartan la misma teoría previa. Lo que sí es necesario es que ambas teorías al paso puedan tocarse en algún punto, pues finalmente eso va a ser la comunicación, el roce efímero de teorías al paso.

En un primer momento, es importante notar que la interpretación que la oyente hace de los significados de las palabras del hablante comienza *antes* de que ella empiece a comprender la manera como él está utilizando las palabras en esta situación específica. Esta es la distinción entre significado y uso, a la cual Davidson ha denominado “el principio de la autonomía del significado”, que, aunque importante, es una distinción de grado, como intentaré mostrar más adelante. Debemos afirmar que el significado literal (original, ordinario, primario) se mantiene estable incluso si el hablante cambia su propósito al usar las palabras, o si las usa en diferentes contextos o teniendo en cuenta diferentes efectos deseados en la intérprete; de otra manera, la noción misma de significado se vería trivializada y perdería todo contenido. La intérprete atribuye significados y creencias a las preferencias del hablante, haciendo hipótesis que toman la forma de acuerdos acerca de cómo usar las palabras⁶. Así también, la intérprete atribuye deseos al hablante, haciendo hipótesis acerca de lo que el hablante quisiera que fuese el caso, es decir, acerca de la clase de oraciones que él quisiera que fuesen verdaderas. Estas hipótesis y acuerdos se hacen mediante una triangularización entre el hablante, la intérprete, y lo que ambos asumen que es el mundo, es decir, las creencias que comparten respecto del objeto del discurso. Así pues, el comportamiento verbal requiere dos niveles de interpretación: en primer lugar, la intérprete debe preguntarse qué significan en su sentido usual las palabras usadas por el hablante y, en segundo lugar, qué es lo que el hablante desea dar a entender al utilizarlas. Primero encontramos los significados literales y sólo después buscamos

⁶ En el lenguaje técnico de Davidson estas hipótesis toman la forma de oraciones-T, es decir oraciones que tienen la siguiente estructura lógica:

(T) ‘s’ es verdadero sii ‘p’, donde p es una oración nombrada por s, si el lenguaje objeto es parte del metalenguaje. Lo que hace Davidson es invertir la definición semántica de la verdad de Tarski. Mientras Tarski asume la noción de significado como un primitivo para ofrecer una teoría de la verdad, Davidson asume la noción de verdad como un primitivo para ofrecer una teoría del significado.

el significado que el hablante intentó expresar en esta situación y contexto específicos, si es que tenemos razones para suponer que en esta ocasión el significado literal y el significado intencional divergen. Esto ocurre en cualquier caso de interpretación lingüística, incluyendo la interpretación de metáforas, sólo que con las metáforas este doble proceso es más obvio.

Davidson no es siempre claro cuando habla de significado literal o primario. Afirma que “el concepto se aplica a palabras y oraciones proferidas por un hablante en particular en una ocasión particular”⁷. Esto pareciera dar al significado un carácter efímero, porque los hablantes y las ocasiones de uso cambian constantemente y de modos impredecibles. Pero él también dice que si el emisor y la intérprete son hablantes promedio, el significado primario será lo que encontramos en un típico diccionario. Lo que se está sosteniendo es, entonces, que los significados primarios dependen de la relación entre hablante e intérprete. Si son hablantes promedio, el significado literal o primario emergerá en la confrontación entre sus teorías al paso, como la apropiada interpretación que la oyente hará de las palabras del hablante. Esta interpretación estará muy cerca de sus teorías previas, es decir, de lo que diría otro hablante promedio o un diccionario típico. Sin embargo, si nuestros personajes no son hablantes promedio, el significado literal emergerá de la confrontación entre la teoría al paso de la intérprete y la intención del hablante de ser interpretado de un modo y en una situación particular. En este caso, la intersección entre ambas teorías al paso se encontrará muy alejada de sus teorías previas, aunque, sin embargo, la comunicación podrá ser exitosa siempre que se llegue a producir la confluencia entre teorías al paso.

Los hablantes también son intérpretes de sí mismos. Si estoy leyendo un texto que escribí hace dos años, puedo necesitar desarrollar una teoría al paso para entender significados, creencias y deseos que ya no tengo. Pero, si interpreto las palabras que estoy profiriendo en este mismo instante mi teoría al paso coincidirá plenamente con mi teoría previa. Todo hablante es un intérprete de sí mismo y, como tal, puede errar en la manera como entiende sus propias palabras y creencias (comparadas con la interpretación promedio). El autointérprete tiene, sin embargo, lo que Davidson llama “la autoridad de la primera persona”; esto es,

⁷ “A nice derangement of epitaphs”, *o.c.*, p. 434.

la interpretación que el hablante hace de sus propias palabras es sincrónicamente inmejorable, mientras que la interpretación que uno hace de las palabras ajenas es siempre perfectible⁸. Esto hace que, en el caso de autointerpretación sincrónica, la indeterminación del significado sea mínima, pudiendo incluso parecer inexistente, aunque nunca lo sea. La indeterminación se hace mayor cuando hay más distancia, en términos de significados, creencias y deseos, entre las teorías previas de los interlocutores. Aunque la indeterminación del significado nunca puede ser total, siempre puede ser mayor.

Cuando el hablante profiere oraciones que el intérprete tiene dificultades en comprender (porque el hablante atribuye significados distintos a las palabras o, lo que es lo mismo, porque tiene creencias diferentes acerca del tema de la conversación⁹), la intérprete tiene que hacer un esfuerzo por producir toda suerte de hipótesis (acerca de las creencias del hablante y el significado que da a sus palabras) para poder conferir algún sentido a la conducta y las preferencias del hablante. En este proceso, una buena intérprete debe desarrollar toda su creatividad e imaginación para acceder a creencias y significados que le resultan ajenos o, eventualmente, absurdos, mientras que un intérprete limitado entenderá sólo aquellas preferencias que contengan creencias y significados semejantes a los suyos, con lo cual este tipo de intérprete perderá el contenido del mensaje del hablante. Después de este proceso, en que la habilidad de la intérprete para producir hipótesis creativas ha sido desafiada, ella incorporará algunos de los resultados a su teoría previa y a su sistema de creencias, *i. e.*, ella habrá adquirido nuevas e interesantes creencias acerca del mundo y, entonces, algunos de los significados que ella solía atribuir a las palabras habrán cambiado. Su habilidad para desarrollar nuevas teorías al paso se hará más sutil para nuevos y más difíciles casos. Aunque Davidson no aborda este tema, su concepción de la producción de teorías al paso puede ser un buen modelo explicativo del fenómeno del cambio conceptual. En condiciones normales, cambiamos nuestras creencias (y, por tanto, los significados que atribuimos a las palabras) cuando encontramos un interlocutor (que puede ser un libro, una película o un poema) que cuestiona y desafía nuestros presupuestos y prejuicios con sus propias creencias y comporta-

⁸ Cf. Davidson, D., "First person authority", en: *Dialectica*, 38, (1984), N^o 2-3.

⁹ Este es el principio de la inseparabilidad entre creencias y significados.

miento.

Sospecho que algo así acontece cuando estamos expuestos a un tipo de discurso que cuestiona nuestras creencias y supuestos previos: cuando un científico newtoniano lee a Einstein, un geómetra euclidiano lee a Riemann, o un filósofo encuentra a otro de concepciones diferentes. Pienso que el caso paradigmático en que nuestras creencias y el significado que atribuimos a las palabras se ven cuestionados, es cuando estamos expuestos a una metáfora que nos permite ver algún objeto o problema bajo una luz diferente, es decir, que nos permite ver algo *como* algo, o que nos permite reparar en aspectos del mundo o de nosotros mismos de los que no habíamos sido conscientes. Esta situación produce cambio conceptual, es decir, variación en creencias y significados y, en ocasiones, también creación de nuevos significados y creencias (creencias que nadie tuvo anteriormente). La calidad de una metáfora se encuentra en directa proporción a la posibilidad de cambio conceptual e iluminación que pueda provocar en las intérpretes. Ver el mundo, nuestro interlocutor, o vernos a nosotros mismos bajo otra luz, de una manera diferente, que nos produzca la sensación de estar viendo un nuevo ángulo de las cosas, o de estar descubriendo algo que ahora consideramos importante, valioso o profundo. Por supuesto, desde este punto de vista, la calidad de una metáfora será relativa a las creencias y otros estados mentales de la intérprete, pero Davidson muestra que tales estados mentales no pueden ser demasiado diferentes de un intérprete a otro, si comparten de manera general los significados literales de las palabras.

II

Una de las ideas que venimos desarrollando es que el significado no es algo que provenga únicamente del hablante. Para que haya significado, necesitamos una intérprete que, por supuesto, puede ser el mismo hablante. Así pues, diferentes intérpretes pueden asignar diferentes significados a las mismas preferencias y, aunque puede haber mejores y peores interpretaciones, no existe tal cosa como la interpretación correcta, pues no hay tal cosa como el verdadero significado de una oración. Este es el principio quineano de la indeterminación del significado, que está en el corazón mismo del fenómeno hermenéutico. Lo cual

nos conduce a la provincia de la metáfora, pues las metáforas son el caso paradigmático de oraciones que pueden ser ampliamente interpretables, sin que exista un criterio fijo de interpretación. En este sentido, ellas representan un caso de severa indeterminación del significado.

Una buena interpretación de una metáfora debe ser original y penetrante; no se trata simplemente de reproducir las intenciones del hablante, sino de completar el proceso de la creación de significado. Una buena intérprete de metáforas debe ser tan original y creativa como el mismo autor de la metáfora, tal como Davidson dice que ocurre en cualquier proceso de comunicación en que la teoría al paso de la intérprete debe ser suficientemente imaginativa para captar las preferencias del hablante. No hay reglas o principios que puedan guiar a la intérprete de metáforas, de la misma manera que no hay reglas para la producción de metáforas o teorías al paso. La interpretación de una metáfora es un acto de creatividad, y la creatividad no consiste en seguir reglas sino en postularlas. La construcción de teorías al paso es precisamente la confección de reglas de atribución de significado, y no hay ninguna regla que explique cómo inventamos reglas de interpretación. Así, la interpretación de una metáfora muestra cómo deberíamos interpretar toda oración, incluso aquellas no metafóricas. De otro lado, es como si la interpretación de una metáfora fuese un caso en miniatura de interpretación radical. Voy a intentar desarrollar estas intuiciones.

La concepción tradicional de la metáfora, aquella que procede de Aristóteles, sostiene que una metáfora es una oración en la que no estamos concernidos por su significado literal (i.e. la interpretación ordinaria que de ella haría un intérprete promedio), sino por un significado peculiar, inusual y tal vez extravagante que, sin embargo, nos proporciona algún tipo de iluminación o información (acerca del hablante, acerca de nosotros como intérpretes o acerca del mundo) que la oración interpretada en su sentido literal no puede producir. La idea central en esta concepción es que, al lado del significado literal de una metáfora, hay un segundo significado metafórico. Este emerge (i) como una *transferencia de significado* de un concepto a otro, en donde atribuimos a un sujeto características que literalmente no le corresponden, con la finalidad de llamar la atención a una similaridad; o (ii) como una *extensión de significado*, en que tomamos una expresión con una extensión determinada y la aplicamos a una nueva e inusual extensión, también con la finalidad de llamar la atención a ciertas similitudes. El ejemplo de Aristóteles

es la metáfora homérica “Aquiles es un león”, donde el poeta transfiere ciertos rasgos que pertenecen naturalmente a los leones (braveza, ferocidad, valor, etc.) a Aquiles, para hacer que el lector advierta que Aquiles es como un león en poseer estas cualidades. La transferencia de significado va acompañada de extensión de significado porque estamos ampliando el sentido ordinario de ‘león’ para predicar algo acerca de un hombre. En ocasiones, el significado extendido se convierte en usual y entonces la metáfora muere para convertirse en una oración literal. Esta concepción de la metáfora, que viene directamente de la *Poética* de Aristóteles, es la que se encuentra presente en autores como I.A. Richards, Max Black y Paul Ricoeur, entre otros¹⁰.

Davidson está de acuerdo en que el fenómeno metafórico es aquél en el que se produce un desplazamiento de características que pertenecen ordinariamente a un contexto hacia otro, pero se opone radicalmente a la idea de que las metáforas se constituyan como un segundo significado. Piensa que “las metáforas significan lo que las palabras significan en su más literal interpretación y nada más”¹¹. Afirma que cuando profesimos una metáfora significamos las palabras en su sentido literal, pero de una manera que produce o sugiere en la intérprete, y por supuesto también en el hablante, sensaciones, emociones o pensamientos inusuales e inesperados. Lo importante es mostrar que los efectos que la metáfora produce no pueden ser su significado porque, en tanto tales efectos son en principio varios e inagotables, la misma noción de significado se vería trivializada. Este es nuevamente el principio de la autonomía del significado.

La tesis davidsoniana depende de la distinción entre lo que las expresiones lingüísticas significan para los hablantes ordinarios y cómo los hablantes las usan con la finalidad de producir ciertos efectos en

¹⁰ Cf. Richards, I.A., *The Philosophy of Rhetoric*, Oxford: Oxford University Press, 1936. Black, Max, “Metaphor”, en: Johnson, Mark (Ed.), *Philosophical Perspectives on Metaphor*: Minneapolis: University of Minnesota Press, 1981; “More about metaphor”, en: *Dialectica*, 31 (1977), pp. 431-457; “How metaphors work: A reply to Donald Davidson”, en: Sacks, Sheldon (Ed.), *On metaphor*, Chicago: University of Chicago Press, 1979. Ricoeur, Paul, *The rule of metaphor. Multidisciplinary studies of the creation of meaning in language*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1986 (Trad. de *La métaphore vive*, 1975, por Czerny, Mc Laughlin y Costello); “The metaphorical process as cognition, imagination and feeling”, en: Johnson, M. (Ed.), *o.c.*, 1981.

¹¹ Davidson, D., “What metaphors mean”, en: *Inquiries into Truth and Interpretation*, *o.c.*, p. 245.

intérpretes específicos, es decir, la distinción entre semántica y pragmática. La distinción entre significado y uso es crucial porque sólo podemos asignar condiciones de verdad (oraciones-T) a oraciones en abstracto, esto es, independientemente de sus contextos de uso o de las razones de los hablantes para proferirlas. Si asignásemos significado a las oraciones considerando sus contextos particulares de uso, ya que estos contextos son en principio infinitos en variedad, la noción misma de significado perdería todo contenido, no significaría nada en absoluto. Esto no implica, sin embargo, que las oraciones tengan significados literales en sí mismas, independientemente de sus contextos de uso. Lo que se está afirmando es que las condiciones de verdad de las oraciones literales se asignan a casos ordinarios de uso y no a situaciones especiales.

Hay, sin embargo, una continuidad entre significado y uso. El significado literal de una expresión es lo que podemos hacer con esa expresión (cómo podemos *usarla*) en una comunidad de hablantes independientemente de situaciones particulares. Así pues, en principio los significados literales son previos a cualquier contexto particular de comunicación, y el significado literal de una expresión es el conjunto (siempre difuso) de regularidades familiares en el uso de esa expresión, en los diferentes procesos comunicativos en los que pueda participar.

Pero la distinción entre un caso ordinario de interpretación y uno especial, como el metafórico, no es radical sino más bien es un asunto de grado. El caso en que una metáfora se hace familiar es el caso en que la metáfora se congela para convertirse en una oración literal. Las metáforas pertenecen a los bordes crecientes del lenguaje, y el significado no es más que una noción abstracta que empleamos para poder hacer inteligibles ciertos tipos familiares de comportamiento humano; el uso metafórico pertenece a los bordes de esas familiaridades. Rorty lo expresa de la siguiente manera:

“Davidson [...] piensa que nociones semánticas como ‘significado’ tienen un papel sólo al interior de los estrechos (aunque crecientes) límites del regular y predecible comportamiento lingüístico —los límites que marcan (temporalmente) el uso literal del lenguaje. [...] Decir, como lo hace Davidson, que ‘la metáfora pertenece exclusivamente al dominio del uso’ es decir simplemente que, ya que las metáforas (mientras todavía vivas) no son parafraseables, caen fuera del área clarificada.”¹²

¹² Rorty, Richard, “Unfamiliar noises: Hesse and Davidson on metaphor”, en: *Objectivity*,

Lo que llamamos significado literal es lo que solemos encontrar en los diccionarios, es decir, el uso ordinario del hablante ordinario; sin embargo, lo que realmente está ahí recogido es la intersección de muchas teorías al paso. Al aceptar significados literales no estamos contradiciendo la tesis ya expuesta de que es sólo en el proceso de interpretación donde el significado emerge y que sólo hay significado donde hay hablantes e intérpretes. Aunque el significado literal es en principio previo a cualquier proceso particular de interpretación y cualquier sistema de creencias, fue constituido originalmente en algún otro proceso particular de interpretación que es ahora irrelevante para nuestra intención de uso.

Ahora bien, Davidson no afirma que los efectos que una oración puede producir en un proceso particular de interpretación, es decir, en una cierta intersección de teorías al paso, debería ser denominado 'significado'. El diría que las palabras "Julietta es el sol", proferidas por Romeo, sólo tienen significado literal, y la particular interpretación que Julieta haga de ellas no constituye un segundo significado figurativo. Es importante establecer esto porque, si la interpretación de Julieta constituyese un segundo significado respecto del literal, tendríamos que decir que la manera en que Capuleto y Montesco, Mercucio y Benvolio, Balthasar y Teobaldo interpretan las palabras de Romeo constituyen significados superpuestos al literal. Más aún, el significado de una oración dada variaría según el estado mental y las creencias y deseos actuales de la intérprete. Esto ciertamente conduciría a una completa trivialización de la noción de 'significado', donde éste ya no significaría nada en absoluto. El punto es que todos aquellos efectos que una proferencia puede producir en una intérprete son estados mentales, algunos de los cuales pueden ser estados cognitivos (como creencias), mientras que otros son emociones o simples sensaciones. Llamamos significado literal, o simplemente significado, a los estados mentales cognitivos familiares que una expresión produce en condiciones ordinarias en una comunidad de hablantes.

Esta concepción del significado como efectos ordinarios y familiares se aleja totalmente de las teorías semánticas clásicas. De la teoría referencialista desarrollada por Frege, el primer Wittgenstein y Russell,

Relativism, and Truth. Philosophical Papers, Volume One, Cambridge: Cambridge University Press, 1991, pp. 163-164. Los paréntesis son del autor, los corchetes míos.

y de la teoría ideacional sostenida por Locke. Más bien se acerca a la doctrina del significado presente en las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein y, curiosamente, a la noción de significado de Jacques Derrida. Es posible afirmar que la filosofía del lenguaje de Davidson es una versión depurada y explícita de las intuiciones acerca del significado del segundo Wittgenstein¹³.

Davidson afirma que si las oraciones usadas metafóricamente tuviesen un significado figurativo, además del literal, habría dos posibilidades: O bien (i) aquellos significados metafóricos serían parafraseables en significados literales, con lo cual no tendríamos significado metafórico en absoluto sino sólo significado literal expresado de una forma extravagante, o bien (ii) los significados metafóricos no serían parafraseables en significados literales. Pero si así fuera, no tendríamos absolutamente ninguna razón para decir que ahí hay significado. Como puede verse, lo que Davidson está rechazando es la tesis aristotélica de que el significado metafórico emerge en la transferencia y extensión del significado literal. Su posición es que podemos extender cuanto querramos el significado literal de una expresión, y siempre tendremos como resultado significado literal.

¿Qué es una metáfora, entonces? Una metáfora es simplemente una oración literal, a veces falsa, a veces absurda, a veces obviamente verdadera, que tiene la característica de inspirar en la intérprete ciertas emociones, sentimientos, sensaciones o cierto grado de conciencia, respecto de algunos rasgos del mundo, de su interlocutor o de ella misma, sugiriendo originales e interesantes comparaciones entre los sujetos de la oración. Ya que estas inspiraciones son en principio infinitas, no hay reglas ni teoría que puedan explicar cómo funciona una metáfora y cómo puede producir el tipo de iluminación que produce.

En todo caso, para que la metáfora produzca los efectos que produce, la intérprete tiene que entender las palabras en su sentido literal. Considérese nuevamente la oración "Aquiles es un león". Los significados ordinarios de las palabras clasifican objetos de una cierta manera (Aquiles y leones). Para que la intérprete pueda captar la metáfora, debe ser

¹³ Cf. Hopkins, James, *Wittgenstein, Davidson and the Methodology of Interpretation*, King's College, University of London, artículo aún inédito; Malpas, J.E., *Donald Davidson and the mirror of meaning. Holism, truth interpretation*, Cambridge: Cambridge University Press, 1992; Wheeler, Samuel, "Indeterminacy of French interpretation: Derrida and Davidson", en: Lepore, E. (Ed.), *o.c.*, 1992.

capaz de entender las palabras ‘Aguiles’ y ‘león’ en su sentido ordinario, y sólo entonces comenzar a buscar relaciones y comparaciones entre ellos. Pero, por supuesto, todo lo que se dice sobre la pragmática de la metáfora es también cierto acerca de la pragmática de las oraciones literales. Esto es reconocido por el propio Davidson: “Sostengo que el carácter inconcluso de lo que llamamos el parafraseo de la metáfora brota del hecho de que pretende explicitar lo que la metáfora nos hace ver, y en esto no hay ningún término claro. *Diría lo mismo de cualquier otro uso del lenguaje*”¹⁴.

Desde el punto de vista de la intérprete, la diferencia entre interpretar una oración literal y una metáfora es la siguiente: al interpretar una oración familiar y bien contextualizada la intérprete no tiene ninguna motivación para buscar algún otro uso diferente del ordinario. Pero si el hablante profiere una oración obviamente falsa o absurda en un contexto razonable que no le hace pensar a la intérprete que el hablante ha perdido temporalmente la razón, la intérprete entenderá la oración en su sentido literal y, después de advertir su extravagancia, asumirá que el hablante tenía una motivación especial para proferirla; ya sea si el hablante quiso ser irónico, agudo o metafórico. Así, la intérprete comenzará la tarea de buscar esa motivación ulterior y empezará por considerar semejanzas interesantes entre los sujetos de la oración. Eventualmente, esta búsqueda producirá en ella una especial penetración o iluminación acerca del tema de la metáfora. Por supuesto, esto también podría ocurrir al escuchar una oración literal, una pieza de jazz o al observar una pintura. La diferencia radicará en que la oración literal, la pieza de jazz, la pintura y la metáfora dirigirán nuestra atención a diferentes cosas y diferentes relaciones posibles. Así pues, en realidad no hay ninguna diferencia de principio entre interpretar una oración usada literalmente o metafóricamente. Mientras una oración literal es aquella en la que las creencias y deseos son fácilmente interpretables en términos de la información que del hablante y de la lengua empleada tenemos en nuestra teoría previa, una oración usada metafóricamente es aquella en que las posibilidades de interpretación son infinitas y se nos obliga a desarrollar una creativa teoría al paso para darle sentido. Al decir esto, lejos de quitarle valor cognitivo a la metáfora, lo que estamos haciendo es mostrar que no hay ninguna diferencia real entre una oración

¹⁴ *Inquiries into Truth and Interpretation, o.c.*, p. 263. El subrayado es mío.

literal y una metáfora, que toda la diferencia radica en las condiciones de su uso.

Desde luego, toda esta concepción de la metáfora depende de admitir que las metáforas congeladas dejan de ser metáforas para convertirse en oraciones literales porque, en general, las oraciones literales son en su mayor parte metáforas muertas. Curiosamente, la suerte de una metáfora exitosa, es decir aquella a la cual el uso convierte en ordinaria, es la extinción como metáfora. Pero si las metáforas son el aspecto más creativo del discurso, su muerte es el crecimiento del lenguaje. En un contexto diferente, Quine escribe lo siguiente: “La metáfora, o algo semejante, gobierna tanto el crecimiento como nuestra adquisición del lenguaje. Lo que se convierte en un refinamiento subsecuente es el discurso cognitivo mismo, en su forma más literal y seca. Las pulcramente trabajadas extensiones de la ciencia son el espacio abierto en la jungla tropical, creados al eliminar los tropos”¹⁵.

Confeccionar una buena metáfora es producir una oración que puede alertarnos a considerar algunas cosas bajo una luz diferente. Decir, por ejemplo, que “la arquitectura es música congelada”, nos insinúa el hecho de que la arquitectura, como la música, es un juego de formas, detalles, equilibrios y contrastes; pero, a diferencia de la música que se distiende en el tiempo, la arquitectura es un juego que se extiende en el espacio. La música es continuidad en el flujo, la arquitectura es presencia y permanencia. La arquitectura es pues música congelada. Pero nada de esto es el significado de esa metáfora; es sólo la descripción de algunas de las sensaciones, emociones o intuiciones que la metáfora puede producir en uno.

Hasta aquí hemos intentado explicar cómo afecta en la intérprete una metáfora penetrante. Pero, ¿por qué es que proferimos metáforas? Una primera respuesta es que, al hacerlo, producimos efectos que el discurso literal es incapaz de producir. Sin embargo, ¿qué clase de habilidad, saber o industria es aquella que nos permite elaborar buenas metáforas? En realidad, es imposible explicar cómo es que llegamos a pensar una metáfora original. Es simplemente un asunto de creatividad, y la creatividad no puede ser explicada, porque entonces —al decir de Rorty—, los poetas y los genios serían superfluos. Como dice David-

¹⁵ Quine, Willard Van Orman, “A postscript on metaphor”, en: *Critical Inquiry*, 5 (1978), N^o 1.

son de la producción de teorías al paso y de teorías en general, es sólo un asunto de “ingenio, suerte y sabiduría”¹⁶.

¹⁶ “A nice derangement of epitaphs”, *o.c.*, p. 446.